

NUEVAS APORTACIONES AL ESTUDIO DEL SOLUTRENSE MURCIANO

Resumen: Abordamos en este artículo un breve repaso a la historia de la investigación del Solutrense en Murcia, valorando los primeros trabajos y sus limitaciones, así como los intentos más recientes por correlacionar aquellas colecciones en el marco de las actuales propuestas de periodización. Una nueva estación y algunos hallazgos de industria lítica solutrense asociados a ella constituyen la principal contribución de este trabajo, que no oculta las graves carencias que el estudio de esta etapa tiene en todo el ámbito regional.

Palabras clave: Prehistoria, Sureste español, Paleolítico superior, Solutrense, tipología lítica, hojas de laurel.

Abstract: We include here a brief revision to the history of the research about the Solutrean period in Murcia, valuing the first works and his limitations, as well as the most recent attempts for correlating those lithics collections in the frame of the current offers of classification. A new site and some solutrean lithics finds associated, constitute the principal contribution of this work, which does not conceal the serious lacks that the study of this period has in the whole regional area.

Key words: Prehistory, Spanish South-east, Upper Palaeolithic, Solutrean, Lithic typology, Laurel blade.

INTRODUCCIÓN

Han pasado más de cien años desde que Luis Siret empleó por primera vez el término Solutrense para referirse a un período de la Prehistoria en el que situar algunos de sus hallazgos en Murcia. Lamentablemente, el paso del tiempo no ha traído contribuciones reseñables a la investigación de esta etapa del Paleolítico, ni su estudio ha sido objetivo de las líneas de investigación abiertas en el ámbito universitario.

Condenadas a no dar otra información más que la puramente testimonial, las piezas asignadas como solutrenses en las viejas colecciones de Siret y de su discípulo Juan Cuadrado, terminaron pasando bajo la lupa de algunos reputados investigadores sin otros pronunciamientos que la reseña, o unas pocas notas que como mucho concluían con la adscripción a una determinada fase de ese período. La falta de contextos y la poca precisión de las estratigrafías, cuando las había, no daban para mucho más. Sólo aquellos útiles cuya tipología permitía un diagnóstico seguro promocionaban en los gráficos de las contadísimas publicaciones de la época, lo que dicho sea de paso no era poco.

El panorama no ha mejorado con los años, y la contribución más novedosa a ese repaso del Solutrense que aquí traemos, la Cueva del Negro, tampoco escapa a ese fatal conjuro que parece gravitar sobre las estratigrafías regionales. No es un hecho aislado ni casual que este yacimiento resultara vaciado, ni que la mayor parte de sus sedimentos se encuentren ahora dispersos al pie de la oquedad. Las catas y galerías de las explotaciones mineras que salpican los montes de una comarca secularmente ligada a esta actividad; la misma que atrajo a los hermanos Siret, y el no menor impacto producido

por la búsqueda de tesoros escondidos, otra práctica con cierto arraigo en el mundo rural, han sido dos terribles enemigos que el registro arqueológico del sector murciano sin duda nunca mereció, saldándose con un negativo balance de estragos, mayor incluso que el ocasionado por las intervenciones clandestinas de nuestros días.

Por si todo ello no bastara, habría que añadir el frecuente uso de refugio que muchas de estas cavidades con entradas angostas y difíciles de encontrar tuvieron durante la Guerra Civil, provocando en muchos casos el vaciado de sus sedimentos para acomodar el paso, o sencillamente para disponer de galerías más amplias en el interior. Tal vez ese pudo ser el destino de la Cueva del Negro, un nombre por lo demás ligado a ciertas leyendas locales, (Montes-Mengual 1990) fraguadas en los tiempos revueltos de la piratería de los siglos XVI y XVII, en los que no era extraña la captura de berberiscos por parte de los repobladores cristianos.

No cabe esperar tras lo ya dicho que nuestros comentarios aclaren mucho más de lo ya sabido por los trabajos de síntesis que han tenido por objeto las colecciones de Siret y de Cuadrado. Tampoco nuestro propósito encaja exactamente en esa línea argumental, que más bien pretende dar un contexto a los hallazgos solutrenses, tanto los antiguos como los no tanto, en el marco actual del conocimiento sobre el Paleolítico murciano.

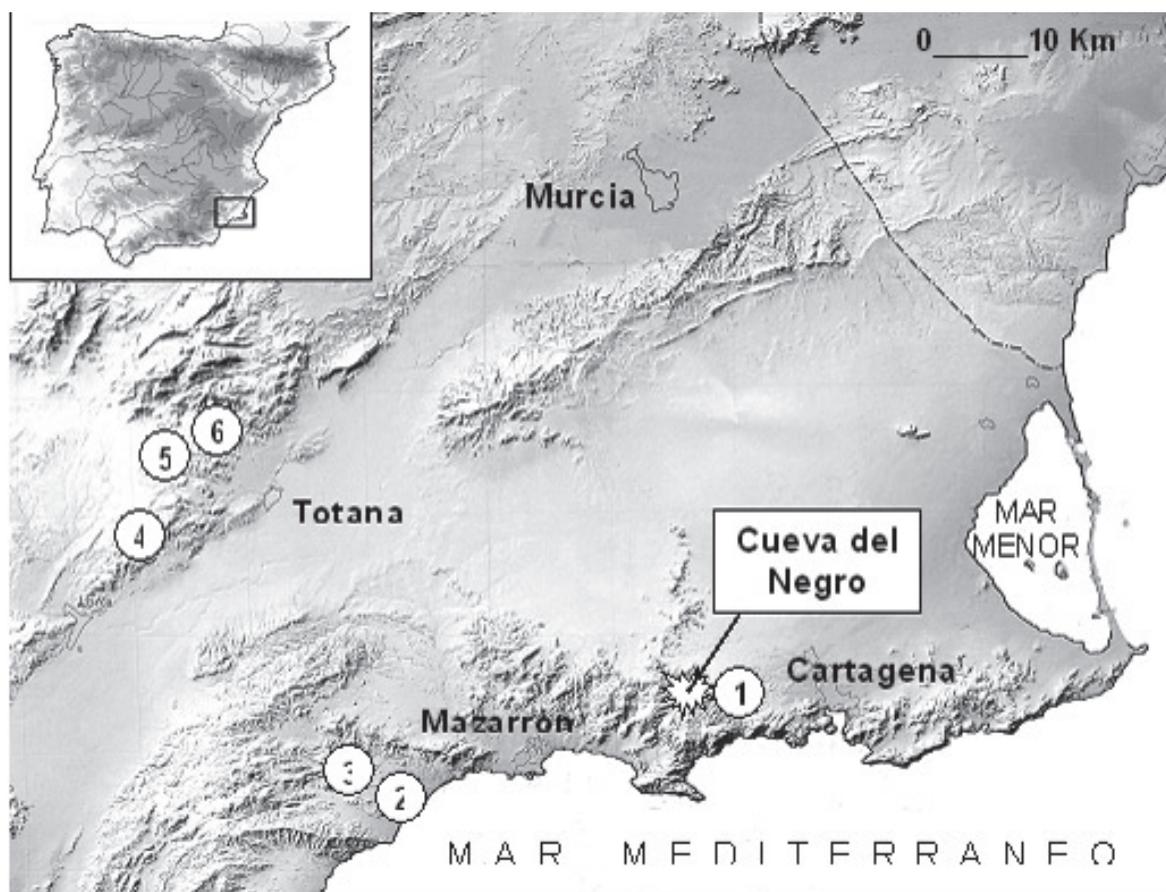


FIGURA 1. La Cueva del Negro y otras estaciones con industrias solutrenses en la región de Murcia: 1. Cueva Bermeja, 2. Palomarico, 3. Perneras, 4. Cejo del Pantano, 5. Cueva de Hernández Ros, 6. Los Mortolitos.

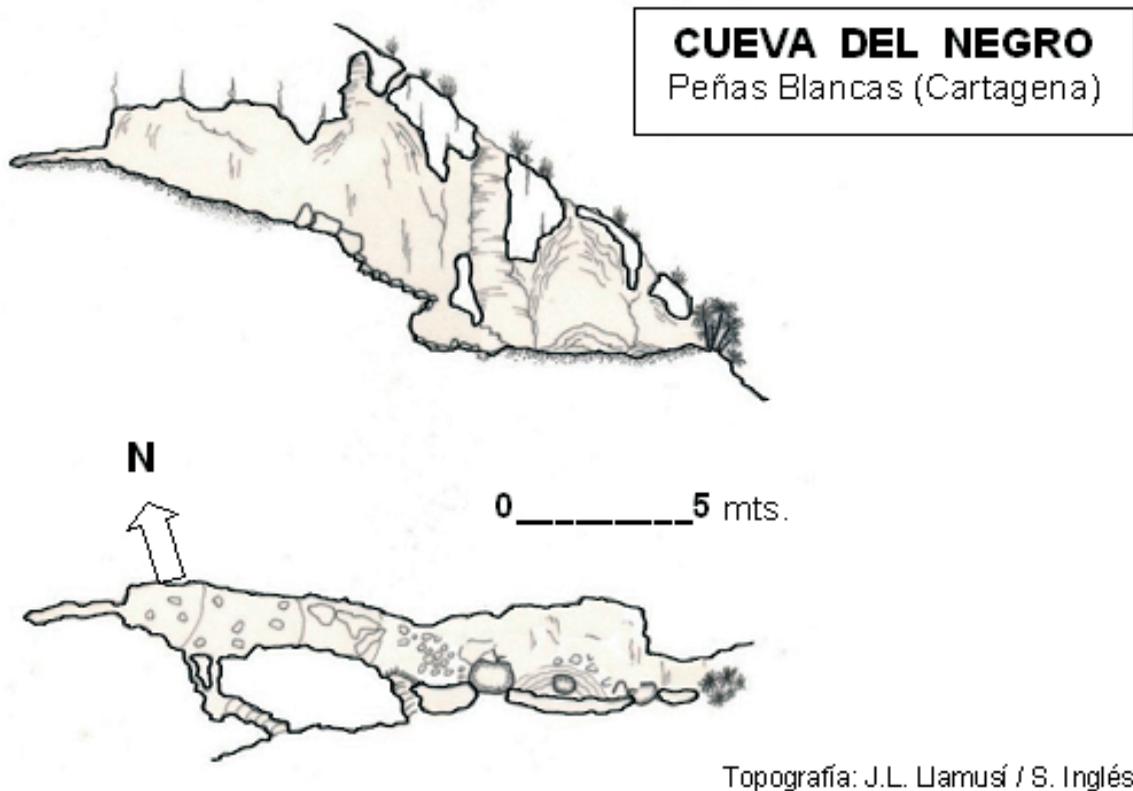


FIGURA 2.

LAS VIEJAS COLECCIONES

Podemos afirmar con rotundidad que las clasificaciones propuestas por Louis Siret para las industrias paleolíticas halladas en esta comarca desde finales del siglo XIX, estaban plenamente vigentes y acomodadas a los esquemas al uso en aquel tiempo. Al contrario que muchos de sus colegas coetáneos, las apreciaciones de campo de Siret se sustentaban en un profundo conocimiento geológico, estrechamente ligado al ejercicio de su profesión. Distraer el tiempo necesario para estar presente en todas las actividades arqueológicas que emprendía no era una tarea fácil, y es tal vez el único —y seguramente injusto— reproche que se le podría hacer al ingeniero de minas belga. Hay que reconocer en su descargo, que las órdenes de Siret eran puntualmente ejecutadas por su fiel capataz Pedro Flores, y que partían siempre de un esquema diseñado de antemano al que su hombre de confianza debía ajustarse en todo momento (Herguido, 1994).

En la primera publicación a la que Siret refiere materiales solutrenses (1893), deja claramente puntualizada cuál es su concepción cronoestratigráfica; un esquema fundamentado sobre tres períodos principales, en los que el Solutrense aparecía como una etapa de transición entre el Musteriense y el Magdaleniense. Su incontestable dominio tipológico le permitía la identificación positiva de la mayor parte de los materiales que pasaban por sus manos, seleccionando para su publicación aquellos que a sus ojos mejor cumplían el papel de fósiles directores: *Cependant ce qui lui donne une place bien à part,*

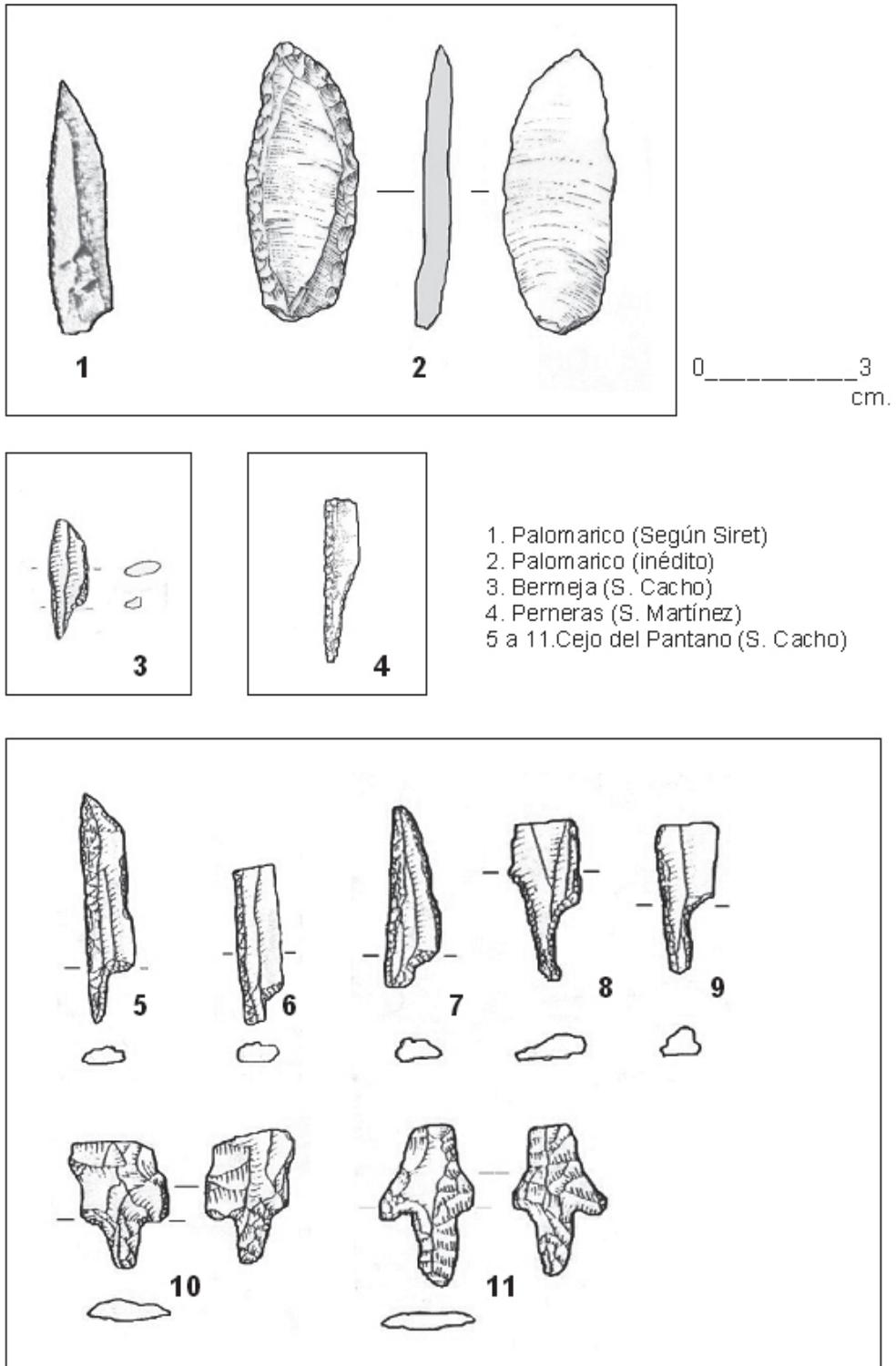


FIGURA 3.

ce sont les pointes en feuille de laurier et les pointes à cran. (Siret 1893:17). Así, cuando se refiere a la pieza procedente de la *Cueva de la Vermeja (Murcie)* la describe: *niveau moyen (l'inférieur est moustérien, le supérieur magdalénien). Pointe incomplète taillée sur les deux faces en forme de feuille de laurier; pièce très caractéristique.* (Fig. 4, n.º 3). Un escueto relato complementado con el correspondiente dibujo grafiado a 2/3 de su tamaño real. En el mismo grupo de figuras representadas, Siret anotará otra pieza correspondiente al nivel superior de la Cueva del Palomarico, con el pedúnculo parcialmente mutilado (Fig. 3, n.º 1), que clasificará como una de las *pointes à cran* características del Solutrense.

Cuando casi cuarenta años más tarde publique en el Congreso Internacional de Portugal su artículo *Classification du paléolithique dans le Sud-Est de l'Espagne* (Siret 1931), no habrá novedades que añadir a aquel escueto repertorio murciano de útiles pertenecientes a esta etapa, volviendo a figurar —esta vez a su tamaño real— las dos conocidas piezas del Palomarico y Bermeja.

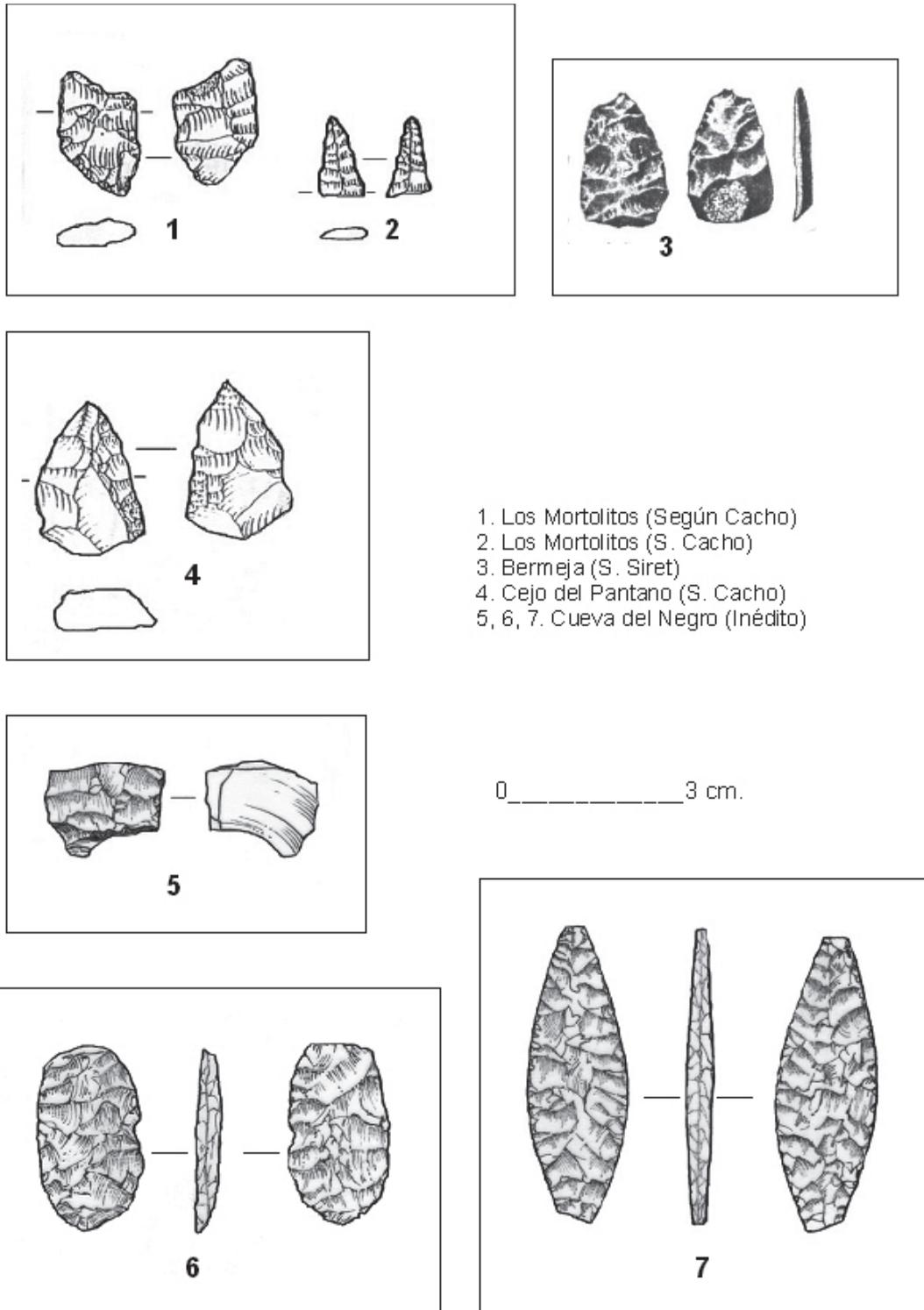
En 1949, Luis Pericot presenta en el primer Congreso Nacional de Arqueología una puesta al día del Paleolítico superior del sureste (Pericot, 1950) en la que retoma la cuestión de las piezas solutrenses de Siret sin modificar sustancialmente lo ya apuntado por el autor belga. No obstante, Pericot traía aquí la noticia de los hallazgos de Henri Breuil en el abrigo con arte rupestre de Cantos de la Visera (Yecla), un fragmento de punta de hoja de sauce y otro de punta solutrense (Pericot 1950:61), así como los que ya realizó Juan Cuadrado en el Cejo del Pantano (Totana), sustanciados en varias puntas solutrenses de pedúnculo con aletas y puntas de muesca (Fig. 3 n.ºs 5 a 11; Fig. 4 n.º 4).

Poco después, en una breve colaboración conjunta, Pericot y Cuadrado (1952) volvían a ocuparse de los materiales del Cejo del Pantano, añadiendo los recientes trabajos de Cuadrado en la estación de Los Mortolitos, en la que también quedaba constancia de un par de fragmentos de puntas de laurel (Fig. 4 n.ºs 1, 2). Finalmente, entre las contribuciones de Cuadrado (1948) al Solutrense en el área geográfica de Totana-Lorca, hay que destacar la de la cueva de Hernández Ros, sobre cuyos materiales —en paradero desconocido— anotó su descubridor puntas de muesca y puntas con pedúnculo y aletas incipientes; piezas sobre las que Breuil se pronunciaría calificándolas como pertenecientes al Solutrense final levantino.

En 1955 aparecía publicada la tesis de F. Jordá sobre el Solutrense en España, que no dilucidó nuevos aspectos a lo ya apuntado para la región murciana, pero sí que marcó un punto de inflexión en la trayectoria de la investigación, al alejar las corrientes africanistas de los orígenes y posterior evolución del Paleolítico superior. De este modo volvía a cobrar sentido lo ya anunciado por Siret en 1931, cuando señalaba las grandes analogías latentes entre los yacimientos del sureste excavados por él y las secuencias de las cuevas francesas.

Entre 1958 y 1964, Eduardo Ripoll se encargaba de la excavación de la Cueva de Ambrosio, uno de los yacimientos más señalados desde que Breuil publicara en 1912 una punta de muesca hallada por el descubridor de este yacimiento, Federico de Motos. La contribución de Ripoll en esos años quedó reflejada en dos publicaciones (Ripoll Perelló, 1962 a, 1962 b) apostilladas en otra más reciente por Sergio Ripoll (Ripoll López, 1986), en las que se daba un avance de la secuencia estratigráfica del yacimiento, señalando la riqueza y las grandes semejanzas que los horizontes solutrenses de Ambrosio tenían con los del sector valenciano, especialmente con El Parpalló.

La sorprendente Cueva de Ambrosio y la indiscutible filiación solutrense de aquellos estratos excavados por E. Ripoll, otorgaban además al yacimiento almeriense la condición de puente entre el núcleo levantino y las estaciones rupestres paleolíticas de la costa cercana al Estrecho, para las que se presumía una filiación también solutrense (Ripoll Perelló, 1962 b:121). Es cierto que los hallazgos de Ambrosio no cambiaban el panorama de aquellos escuálidos repertorios del solutrense murciano, pero la proximidad geográfica de unos y otros les otorgaba unas credenciales que en adelante serían tenidas en cuenta a la hora de pronunciar veredictos sobre tales piezas.



- 1. Los Mortolitos (Según Cacho)
- 2. Los Mortolitos (S. Cacho)
- 3. Bermeja (S. Siret)
- 4. Cejo del Pantano (S. Cacho)
- 5, 6, 7. Cueva del Negro (Inédito)

FIGURA 4.

LAS REVISIONES

En 1973 aparecía publicada la tesis doctoral de Javier Fortea, en la que dedicaba varios epígrafes a los yacimientos del sureste y a la colección de Siret que se conservaba en el Museo Arqueológico Nacional. Ya el autor nos advertía (Fortea 1973:258) de la merma que encontraba entre los materiales inventariados por Siret en sus cuadernos, y los conservados en los fondos del museo. Y lo que aún resultaba más desalentador, la pérdida en muchos casos de cualquier rastro sobre la toponimia que entonces se asignó a los yacimientos, lo que dificultaba enormemente las tareas de búsqueda y asignación.

Adversidades aparte, Fortea reconocía un nivel solutreo-gravetiense en las capas superiores del Palomarico, pero no hacía ninguna referencia al material supuestamente solutrense hallado en Bermeja, un yacimiento al que apenas dedicaba unos pocos dibujos de útiles sin demasiada significación. De lo escrito por el ingeniero belga en sus cuadernos sobre Bermeja —siempre grafiada con uve desde su pluma—, se resumía que la excavación dio muy poco sílex, y que en general los instrumentos eran pequeños, toscos y de tipo poco definido. Fortea no parecía desautorizar lo ya pronunciado por Siret, en el sentido de que la clasificación se hacía difícil y no se debía atribuir demasiada importancia al yacimiento.

Probablemente uno de los aspectos más destacados de la contribución de Fortea, más allá de los logros científicos, sea el ensayo de correlación entre cuadernos, dibujos, lugares y materiales de la colección Siret. Un trabajo de gran interés que no ocultaba los grandes estragos que el paso del tiempo y la dispersión de la información original habían obrado en aquellas viejas series. Baste recordar la escabrosa cuestión que se nos planteaba a propósito de las cuevas almerienses de La Palica y El Serrón (Fortea 1973:266), por citar sólo un ejemplo.

La de J.M. Fullola sería otra de las contribuciones notables al estudio del Solutrense en el Mediterráneo peninsular. Desde una perspectiva tipológico-analítica (Fullola, 1976) abordaba la revisión de las capas con materiales solutrenses excavadas por Pericot en el Parpalló, un trabajo llamado a convertirse en antesala de otro proyecto de más alcance que su autor extendería al resto del Levante peninsular.

Como era de esperar, tampoco aquí los resultados trajeron novedades a las escasas y manidas series murcianas, pero los materiales de Ambrosio cobraban ahora una dimensión más contextualizada, con una industria que alcanzaba durante el Solutrense superior y el Solútreo-gravetiense las más altas cotas de perfección técnica y de variedad tipológica (Fullola, 1978:14), un peso específico el de Ambrosio que estimulaba la propuesta de Fullola, en el sentido de creer en la existencia de dos centros motores, el de Gandía, con El Parpalló a la cabeza, y el de Almería. En tal situación, la Provincia de Murcia quedaba en medio de aquellos dos focos, augurando los mejores presagios para las estaciones solutrenses de Siret y Cuadrado. Que se cumpliesen era —y aún sigue siendo— sólo cuestión de tiempo.

A finales de los años 70 comenzaba Carmen Cacho su tesis sobre el Paleolítico superior en el Sureste (Cacho, 1981) un trabajo basado en la revisión de las colecciones de Siret y Cuadrado, en el que además de las tareas del estudio de los materiales, aportaba la localización de algunos de los yacimientos más emblemáticos, tal como años atrás ya lo hiciera con otros J. Fortea. Pero no todas las estaciones pudieron ser rescatadas en su exacta localización, quedando una parte de ellas envuelta en un mar de nombres y parajes confusos. Encadenar los materiales con sus respectivas fuentes geográficas fue también en esta ocasión una tarea ardua, que no siempre pudo saldarse con éxito.

A este extenso campo de sombras se sumaron poco tiempo después los desalientos provocados por las falsas expectativas que algunos de aquellos afamados nombres de la literatura siretiana dieron

sobre el terreno, cuando fueron retomados en nuevas campañas arqueológicas. Así ocurrió en 1977 con la cueva Bermeja (Cacho, 1981) donde la división estratigráfica en tres niveles propuesta por Siret, se resumía en la práctica a un solo horizonte que su autora calificaba como gran coluvión.

Ninguna pieza entre las halladas en el reavivado de la vieja excavación de Siret tenía un encuadre tipológico claramente solutrense, pero en el nuevo corte estratigráfico abierto, de similar composición al de la vieja trinchera y tan coluvionado como aquella, Cacho (1981:302) anotó una pequeña punta de muesca. (Fig. 3, n.º 3). Considerando que el hallazgo se realizó en el primer nivel de la cata, y que la totalidad del sedimento excavado apenas supero los 50 cm. de profundidad, no puede descartarse la posibilidad de una contaminación por inversión estratigráfica. Pero tal amenaza no empaña en absoluto el significado de la pieza, que deja bien a las claras una posición coherente para el final de la serie solutrense de Bermeja. Una evolución que no lo olvidemos, ya contaba con un referente de mayor antigüedad ejemplificado en el fragmento de hoja de laurel hallado por Siret en el nivel medio de la vieja trinchera.

En lo que concierne a la Cueva de las Perneras, otra de las estaciones que sirvió de base para la sistematización de Siret, los resultados de los nuevos trabajos emprendidos por Ricardo Montes a partir de 1980 tampoco cubrieron las expectativas que despertaban las más de cien mil piezas contabilizadas por el ingeniero belga. Y ello no porque se hubiesen exagerado los cálculos, sino por el peculiar emplazamiento de la cavidad, muy próxima a los extensos afloramientos de cuarzo, y al prolijo uso que de esta materia prima se hizo por parte de los grupos que la habitaron, especialmente durante el Paleolítico medio. Las limitaciones que el estudio de la cadena operativa del cuarzo masivo amorfo imponía, y las dificultades inherentes para encuadrarlas en las listas tipológicas por entonces al uso, supusieron un serio revés a las legítimas aspiraciones de Montes, quien lejos de caer en el desánimo continuó los trabajos en varias campañas (Montes, 1985,1986) aportando nuevas conclusiones en las que quedaba de manifiesto que a pesar del abrumador peso específico del cuarzo, la ejecución de utensilios en sílex respondía a esquemas inspirados en la mejor tradición del retoque tipo Quina.

Contrariamente a lo que ocurre con el bien definido horizonte musteriense de Perneras, las capas superiores de este yacimiento aparecían verdaderamente confusas. Nada sabemos de las supuestas puntas laureliformes que Siret atribuía a ese episodio auriñaciense final combinado con solutrense al que se refería en sus notas inéditas (Fortea 1973:261), ni de los ecos que de ello hicieron Breuil y más tarde Almagro (1970). Fortea, por su parte, ni siquiera las aludía, y sólo en los niveles superiores veía las trazas de un auriñaciense reflejadas en algunos útiles.

Entre los materiales atribuibles al Paleolítico superior recuperados por Montes a partir de 1981 que tuvimos ocasión de ver, no existe un diagnóstico seguro sobre objetos de posible tipología solutrense. Verdaderamente, ni el número ni la factura de lo recuperado autoriza a otras precisiones que puedan ir más allá de una asignación dentro del amplio rango del Paleolítico superior. No obstante, pudimos contabilizar un fragmento que tipológicamente encajaría en la categoría de puntas de muesca, ya publicado por nosotros en un trabajo anterior (Martínez, 1989:125), y ahora reproducido aquí (Fig. 3 n.º 4). Desde la fundada sospecha de que la proximidad de Perneras con la vecina cueva del Palomarico ha de plasmarse en algo más que una lejana parentela solutrense, nada nos impide creer que aquellas formas laureliformes descritas por los primeros investigadores de Perneras y el fragmento que aquí señalamos, constituyan un testimonio efectivo del paso de esa etapa.

Queda claro que la trinchera abierta en el centro del abrigo y la excavación de su interior no constituyen la única herencia del pasado arqueológico de Perneras. En este sentido conviene no olvidar que los sedimentos movidos en aquellas antiguas excavaciones fueron echados sin tamizar a ambos lados del talud, al pie mismo de la visera, enmascarando la estratigrafía de los tramos superiores, hasta el punto de hacer irreconocible en nuestros días el tránsito entre lo arrojado y lo originalmente

conservado. Un legado de la metodología de la época con el que probablemente nunca contó Montes, su nuevo inquilino en la investigación.

Ningún otro yacimiento de los que componen las series de Siret y Cuadrado ha vuelto a ser excavado en la Región de Murcia. Hoy, muchos de aquellos nombres siguen desligados de los parajes en los que inicialmente fueron ubicados por sus descubridores, o incluso recolocados en áreas geográficas completamente distintas. Tal es el caso de la cueva de Hernández Ros, nombre que Juan Cuadrado asignó a un yacimiento situado en la margen izquierda de la Rambla de los Algarrobos, en el término de Totana, y que llevó a la confusión a S. Agüera (2006) creyéndolo en otra rambla de igual nombre en el término de Mazarrón.

Precisamente entre los materiales de la verdadera cueva de Hernández Ros —en paradero desconocido— Cuadrado (1947:57) reconocía la presencia de puntas de muesca y otras con pedúnculo y aletas incipientes, materiales sobre los que Breuil también se pronunció calificándolos como pertenecientes al Solutrense final levantino.

También llama la atención el caso de la Cueva de Las Palomas, yacimiento que Siret describió en la Rambla del Estrecho, en el Ramonete (Mazarrón), y que Cacho volvió a reconocer en 1978, aunque esta vez situándolo en la orilla derecha de la rambla de Ugejar. La explicación para tal dislocación geográfica pasaba en su opinión por los cambios diacrónicos que la toponimia local había experimentado. Sin embargo, un atento examen del terreno origen de la controversia, suscita en nosotros nuevas interrogantes sobre el paraje y el nombre de Las Palomas con el que Siret —o acaso su capataz— la bautizaron. Que la cueva encontrada por Cacho en la rambla de Ugejar pueda ser la de las Palomas no está en entredicho, pero conviene no olvidar que existe junto a la vecina rambla de Pastrana una cavidad excavada desde antiguo, hoy conocida como Montejú, en la frontera de los actuales términos municipales de Mazarrón y Lorca, que se encuentra muy cerca del paraje conocido como El Estrecho, precisamente el mismo al que alude Siret para ubicar la Cueva de las Palomas.

Las incertidumbres de atribución también pesan sobre otros yacimientos de mayor renombre, como la Cueva de Ambrosio, que tampoco escapa a ese terreno abonado para las dudas en el que nos movemos cuando hablamos de yacimientos y topónimos en la literatura siretiana. Ninguno de los trabajos firmados por el ingeniero belga trae a colación el nombre de Cueva de Ambrosio, pero como señala S. Ripoll, es realmente sorprendente que en una nota hallada entre las cajas con materiales procedentes de las excavaciones de Siret en Almería se hable de la Cueva del Tesoro, dando de ella una descripción exacta a la del mismo paraje en el que se enclava Ambrosio (Ripoll López, 1986:38).

HALLAZGOS RECIENTES

Exceptuando aquellos que proceden de prospecciones superficiales, con una clara filiación solutrense y de los que más adelante nos ocuparemos, no hay constancia de la presencia de esta etapa en las estratigrafías arqueológicas de los últimos años. No pueden sin embargo extraerse conclusiones precipitadas de tal afirmación, ya que las secuencias aportadas por los registros arqueológicos recientes son tan escasas como incompletas. Las cuevas del Caballo y del Algarrobo concluyen sus episodios ante la roca de base sin ir más allá del Magdaleniense superior. (Martínez 1989). De la estación a cielo abierto de San Ginés de la Jara, con un único horizonte industrial de tintes badegoulienses tampoco cabe esperar grandes sorpresas, y en lo que respecta a la Cueva de la Higuera, los trabajos sobre los niveles paleolíticos aún se encuentran en una fase inicial, por lo que es difícil afirmar o negar algo sobre el paso de ese período.

Únicamente en lo que concierne al arte rupestre podría encontrar acomodo para esa etapa la figura de un équido descubierta en la cueva de Jorge, muy próxima en estilo y técnica a los momentos avanzados del Solutrense superior. (Salmerón-Lomba, 1995), pero lamentablemente carece de un depósito estratigráfico al que asociarle registros arqueológicos.

Como ya hemos dicho, las únicas referencias recientes al Solutrense se concretan en unas pocas piezas líticas, nuevamente hallazgos fortuitos —cómo no— ejemplificados en una punta de cara plana que encontramos en la superficie de la vieja terrera del yacimiento excavado por Siret del Palomarico (Fig.3 n.º 2), y las dos puntas de laurel recogidas por nosotros en el vaciadero de la Cueva del Negro (Fig.4 n.ºs 6, 7). Un repertorio pobre, todo hay que decirlo, aunque elocuente si tenemos en cuenta la precisión cronológica que tales tipos comportan.

LA CUEVA DEL NEGRO

Está situada en la pedanía de la Torre de Nicolás Pérez, en el término municipal de Cartagena (Murcia). Sus coordenadas geográficas UTM son: X = 666144.43 Y = 4164358.85. Se trata de una cavidad de origen cárstico emplazada en la mitad de la ladera del cerro conocido como Alto de la Cárcel, integrado por materiales dolomíticos de edad Triásica, que componen la estribación más occidental de la Sierra de Peñas Blancas. La Cueva del Negro domina el centro de ese largo corredor en cuyos extremos se sitúan las cuevas de la Bermeja y del Caballo, un paso natural que comunica la comarca del Campo de Cartagena con la costa de Mazarrón.

Como ya comentamos en la introducción, la mayor parte del depósito que contenía se encuentra en la actualidad fuera de la cavidad, disperso sobre una ladera de fuerte pendiente que desciende hacia la rambla de La Torre. Desplazados por gravedad, los sedimentos vaciados han ido recolocándose aguas abajo sobre pequeños senos rocosos donde han quedado retenidos formando lentejones, algunos de ellos con cierto espesor, entre los que no es difícil distinguir materiales arqueológicos. Las prospecciones superficiales que hemos venido realizando sobre estos depósitos en posición secundaria, nos han permitido recuperar algunos materiales que, si no se prestan para diagnósticos calibrados, permiten al menos un contraste tipológico con los registros de otras estaciones vecinas.

En general, se puede afirmar que los materiales recogidos en el exterior de la Cueva del Negro no difieren en absoluto de aquellos que integran las colecciones de Paleolítico superior de la comarca Cartagena-Mazarrón. Las materias primas presentes aquí podrían ser perfectamente extrapoladas a los repertorios ya conocidos en otros yacimientos, sin que extrañásemos en lo más mínimo su composición y reparto. Los sílex de alta calidad, jaspes más propiamente dichos, siguen siendo los soportes preferentes para la elaboración de utensilios de alta resolución, mientras que el cristal de roca y los jaspes limoníticos, constituyen esa reiterada contribución de la litología local a las ricas y variadas series presentes en los yacimientos del litoral murciano.

Otro tanto cabe decir de los restos de fauna que hemos encontrado dispersos al pie de la cueva. Casual o no, los fragmentos óseos identificados responden al menos en presencia, a ese reparto también constante en el que lagomorfos, cabras, ciervos y caballos acaparan los mayores porcentajes. Por si los parecidos no resultaran ya sorprendentes, también aquí hemos contabilizado un fragmento de metápodo de *Bos primigenius*, una especie poco frecuente que de vez en cuando asoma entre los listados faunísticos, recordándonos que no fue ajena al interés de los cazadores. Su presencia en un ambiente que ya empieza a encontrar acomodo en el término montaraz, como es el caso que aquí nos ocupa, viene a confirmar la decidida vocación de corredor natural del

emplazamiento, dominando la extensa llanura aluvial del campo de Cartagena, un ambiente éste último más proclive para los bóvidos, desde donde sospechamos que pudo ser capturada la pieza que nos ocupa.

También la malacofauna repite esquema en forma y modo. La integración de recursos marinos en este tipo de yacimientos que ocupan posiciones intermedias entre la costa y el interior, como es el caso de la Cueva del Negro, parece regirse por un compensado criterio de racionalidad. Es verdad que aquí no contamos con la posibilidad de aquilatar el peso específico que dentro de esa explotación marítima tuvo la pesca, y en el estado actual del yacimiento es difícil que alguna vez lleguemos a saberlo, pero de las evidencias malacológicas que hemos podido recoger se deduce que el modo en que se resuelve responde a esa posición de repliegue hacia el interior que ya adivinábamos en las cuevas del Caballo y Algarrobo (Martínez 1997) ocupando en el caso de la Cueva del Negro una situación similar a la descrita y enmarcada en un gradiente de intensidad media —acaso como provisiones de repliegue en un tránsito hacia el interior— que lógicamente va perdiendo efectivos y potencial respecto de aquellas otras estaciones más próximas al mar.

La terreras del Palomarico, el yacimiento que excavara Siret a orillas del mar, hablan por sí solas. Repletas de restos malacológicos, ponen de relieve ese apabullante sentido común que rige en la explotación de los recursos marinos, y en el que la pesca, sin duda hasta ahora no valorada en su justa medida por la dificultad del recuento de evidencias, debió tener un papel mucho más importante del hasta ahora sospechado. El tamizado y la flotación de sedimentos en la Cueva de la Higuera, otro yacimiento con niveles de Paleolítico superior actualmente en fase de excavación, también en la misma comarca y muy próximo al mar, viene a confirmar el importantísimo peso específico que los restos de ictiofauna tienen dentro del recuento de taxones de origen marino, una crónica ya anunciada años atrás en los trabajos de la malagueña cueva de Nerja (Juan Muns-Rodrigo-Rodríguez, 1991; Jordá, J.F. 1986).

DESCRIPCIÓN DE LOS NUEVOS MATERIALES

Figura 4, n.º 7. Lám I-a. Origen: Cueva del Negro. La Torre de Nicolás Pérez (Cartagena). Morfotipo: Punta. Designada en la nomenclatura clásica como Hoja de Laurel. Tipo A, según la clasificación de P. Smith. Clase de foliáceos bifaces F3 según G. Laplace. Corresponde a una punta foliácea bifacial total, de simetría y ejecución precisa. No conserva las porciones terminales de ambos extremos. La reducción del soporte se concluyó con retoque plano cubriente transversal paralelo, terminando la regularización del contorno mediante presión.

Figura 4, n.º 6. Lám. I-b. Origen: Cueva del Negro. La Torre de Nicolás Pérez (Cartagena). Morfotipo: Punta. Designada en la nomenclatura clásica como Hoja de Laurel. Tipo A según la clasificación de P. Smith. Clase de foliáceos bifaces F3 según G. Laplace. Corresponde a una punta foliácea bifacial total, aunque de ejecución menos perfecta que la pieza anterior. Carece de porción distal, probablemente perdida a causa de una rotura accidental o de uso, estando la pieza ejecutada mediante retoque plano cubriente subparalelo.

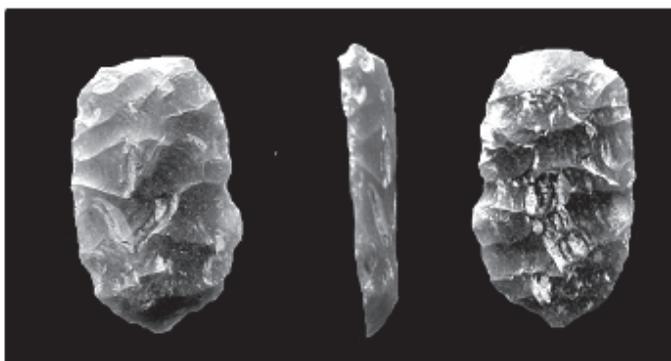
Figura 4, n.º 5. Lám. I-c. Origen: Cueva del Negro. La Torre de Nicolás Pérez (Cartagena). Morfotipo: Incierto, probable proyecto de punta. Sólo conserva una pequeña porción con retoques planos cubrientes paralelos en la cara ventral. La dorsal carece de retoques.

Figura 3, n.º 2. Origen: Cueva del Palomarico. Percheles (Mazarrón). Morfotipo: Punta. Cercana en la nomenclatura clásica como Punta de Cara Plana. Tipo B según la clasificación de Smith. El hecho de contar con un talón facetado sin supresión alguna, y una amplitud poco cubriente en el



a

0 _____ 3 cm.



b



c

LÁMINA I. *Industria lítica de la Cueva del Negro (Cartagena).*

retoque, le confieren unas notas de cierto arcaísmo que no enmascaran sin embargo su delineación y morfología, en nuestra opinión resueltamente solutrense. Corresponde a una BN2G de tendencia laminar, conformada a través de una reducción en modo simple y retoque abrupto normal combinado con plano marginal, este último mejor representado en la porción distal.

CONCLUSIÓN

Si lo recogido por nosotros al pie de la Cueva del Negro representa en algo lo que fue el yacimiento, habría que concluir que nada en lo observado sobre él escapa al perfil general que nos vienen ofreciendo las fases avanzadas del Paleolítico superior en el sureste. No estamos en condiciones de precisar si el horizonte solutrense al que han de asociarse las puntas laureliformes aquí encontradas fue el único de la serie superopaleolítica de este yacimiento. Pero atendiendo a lo visto, tampoco parece que esa extrema miniaturización que acusan las series del final del Magdalenense local, por ejemplo, se dé aquí. Conviene sin embargo no olvidar que tal impresión únicamente se basa en los materiales recuperados en una terrera, lo que desautoriza cualquier consideración corte intuitivo —también la nuestra— mucho más, cuando aún están por reexcavar la mayor parte de los depósitos en posición derivada que se acumularon tras el vaciado del yacimiento.

Admitiendo que tanto los materiales líticos de las viejas colecciones como los recientes carecen de contexto, pero asumiendo que los rasgos de su tipología apuntan a las diferentes fases en las que diacrónicamente se desarrolla el Solutrense de la fachada mediterránea (Villaverde-Fullola, 1990; Villaverde, 1994) habría que concluir que en el repertorio murciano están representados los morfotipos más característicos de cada una de ellas; unos materiales que dicho sea de paso en nada desmerecen a las reputadas series de Ambrosio o Parpalló.

Si la punta de cara plana recuperada en las terreras de Palomarico, no exenta de rasgos arcaicos, señalaría los momentos más tempranos de lo que conocemos para el Solutrense murciano, la de muestra del propio Palomarico, y otras de la misma tipología halladas en las intervenciones recientes de Bermeja y Pernerás, junto a las de pedúnculo y aletas encontradas por J. Cuadrado en el Cejo del Pantano y la Cueva de Hernández Ros, estarían apuntando hacia su fase más evolucionada. En medio tendrían perfecto acomodo las dos espléndidas hojas de laurel con retoque plano bifacial de la Cueva del Negro, además de las contabilizadas en Bermeja y Los Mortolitos, componiendo todas ellas un repertorio disperso y poco numeroso, pero locuaz, de una serie que parece encajar de lleno en ese formero arquitectónico en el que se sustenta el Solutrense ibérico.

MIGUEL MARTÍNEZ ANDREU
Museo Arqueológico de Cartagena
Ramón y Cajal, 45
30204 Cartagena (Murcia)

BIBLIOGRAFÍA

- AGÜERA, S. 2006, «Anticipo de la Carta Arqueológica de Mazarrón». Carlantum. Actas III Jornadas de Estudio sobre Mazarrón, pp.165-244. Universidad Popular. Mazarrón.
- ALMAGRO, M. (1970), *Manual de Historia Universal. Tomo I. Prehistoria*. 910 págs. Editorial Espasa-Calpe. Madrid.
- BREUIL, H. 1912, «Les subdivisions du Paléolithique Supérieur et leur signification». *Congrés International d'Anthropologie et d'Archéologie Préhistoriques. Compte rendu de la XIV Session*. Genève 1912. 2.^a Ed. 1937.

- CACHO, M.C. 1981, *El Paleolítico superior en el Sureste de la Península Ibérica*. Departamento de Prehistoria. Universidad Complutense. 687 págs. Madrid.
- CUADRADO, J. 1948, «Algunos yacimientos prehistóricos de la zona Totana-Lorca». *III Congreso Arqueológico del Sudeste Español*, pp. 56-65. Murcia 1947. Cartagena.
- FORTEA, J. 1973, *Los complejos microlaminares y geométricos del Epipaleolítico mediterráneo español*. Memorias del Seminario de Prehistoria y Arqueología n.º 4. Universidad de Salamanca. 550 págs. Salamanca.
- FULLOLA, J.M. 1976, «Revisión de la industria lítica de los niveles solutrenses de la Cueva del Parpalló». *Pyrenae XII*. Instituto de Arqueología y Prehistoria. Barcelona.
- , 1979, *La fase media del Paleolítico superior en el levante español*. Resumen de la tesis doctoral, 16 págs. Universidad de Barcelona.
- HERGUIDO, C. 1994, *Apuntes y documentos sobre Enrique y Luis Siret. Ingenieros y arqueólogos. Instituto de Estudios Almerienses-Ayuntamiento de Cuevas de Almanzora*. 239 págs. El Ejido.
- JORDA PARDO, J.F. 1986, «La fauna malacológica de la Cueva de Nerja» en J.F. Jordá (coord.) *La Prehistoria de la Cueva de Nerja. Trabajos sobre la Cueva de Nerja* n.º 1, pp. 147-172. Málaga.
- JUAN-MUNS, N. RODRIGO, M.J. RODRÍGUEZ, C.G. 1991, «La ictiofauna de los yacimientos arqueológicos. Sus posibilidades en la reconstrucción paleoecológica y de interpretación paleoeconómica». *Arqueología*. A. Vila (Coord.) C.S.I.C., pp. 83-99. Madrid.
- MARTÍNEZ, M. 1989, *El Magdaleniense superior en la costa de Murcia*. Colección Documentos n.º 2, 189 págs. Editora Regional. Murcia.
- , 1997, «El final del Paleolítico en las tierras bajas del Sureste español». *El Mon Mediterrani después del Pleniglacial (18.000-12.000 B.P)* en J.M. FULLOLA y N. SOLER, eds. Serie Monográfica n.º 17, pp. 345-354. Girona.
- MONTES, R. 1985, «Excavaciones en Cueva Pernerás (Lorca, Murcia)» *Noticiario Arqueológico Hispánico* 23, pp. 7-60. Ministerio de Cultura. Madrid.
- , 1986, «El Paleolítico». *Historia de Cartagena*. Vol. II, pp. 35-92. Ediciones Mediterráneo. Murcia.
- MONTES, R. MENGUAL, E. 1990, *Mitos y leyendas de las cuevas y yacimientos arqueológicos de Murcia*. Academia Alfonso X el Sabio. Biblioteca murciana de bolsillo. 191 págs. Murcia.
- PERICOT, L. 1950, «El Paleolítico superior del Sudeste». *I Congreso Nacional de Arqueología*, pp. 57-62. Almería 1949. Cartagena.
- PERICOT, L. CUADRADO, J. 1952, «Dos nuevas estaciones solutrenses en Totana». *II Congreso Nacional de Arqueología*, pp. 89-92. Madrid 1951. Zaragoza.
- RIPOLL LÓPEZ, S. 1986, El Solutrense de Cueva Ambrosio. Vélez Blanco, Almería. Campaña de 1963. *Excavaciones Arqueológicas en España* n.º 148. 205 Págs. Ministerio de Cultura. Madrid.
- RIPOLL PERELLÓ, E. 1962 a, «Excavaciones en Cueva Ambrosio (Vélez Blanco, Almería). Campañas 1958-1960». *Ampurias* T. 22-23, pp. 31-44. Barcelona.
- , 1962 b, «Excavaciones en Cueva Ambrosio (Vélez Blanco, Almería)». *VII Congreso Nacional de Arqueología*. Barcelona 1960, pp.117-121. Zaragoza.
- SALMERÓN, J. LOMBA, J. 1995, «El arte rupestre paleolítico». *Historia de Cieza*. Vol. I. Cieza Prehistórica, pp. 71-90. Murcia.
- SIRET, L. 1893, «L'Espagne Préhistorique. I Temps Quaternaires». *Revue des Questions Scientifiques*, pp. 4189- 562. Bruxelles.
- , 1931, « Classification du Paléolithique dans le Sud-Est de l'Espagne.». *XV Congrès International d'Anthropologie et d'Archéologie Préhistoriques IV Session de l'Institut International d'Anthropologie*. Portugal 1930, pp. 287-295. Paris.
- VILLAVARDE, V. 1994: *Arte Paleolítico de la Cova del Parpalló*. II Vols. S.I.P. Diputació de València.
- VILLAVARDE, V. FULLOLA, J.M. (1990), «Le Solutrén de la zone méditerranéenne espagnole». *Feuilles de Pierre*. Les industries à pointes foliées du Paléolithique supérieur européen. *ERAULT*, 42, pp.467-480.